

ALGUNOS HALLAZGOS SOBRE LA MASCULINIDAD DEL VARÓN CUBANO CONTEMPORÁNEO

MSc. María Teresa Díaz Álvarez

Centro Nacional de Educación Sexual
e-mail: maridiaz@infomed.sld.cu

LOS CONTENIDOS DEL DISCURSO PATRIARCAL HAN VARIADO EN SU FORMA PERO EN SU ESTRUCTURA SE MANTIENEN Y ES PREVISIBLE QUE NO CAMBIARÁN SUSTANCIALMENTE MIENTRAS LA SOCIEDAD NO ESTRUCTURE UNA NUEVA DISTRIBUCIÓN DE FUNCIONES Y PODERES MASCULINOS Y FEMENINOS.

El significado de ser varón en el mundo contemporáneo se torna en la actualidad un asunto sumamente polémico y cargado de interrogantes.

El interés por descubrir algunas de estas verdades me acercó a este tema en 1996, fecha en que por primera vez entré en contacto con algunos estudios sobre masculinidad. Estos trabajos, que se habían propuesto una modelación del varón contemporáneo en diferentes espacios de este hemisferio, revelaron posiciones muy diferentes en relación con la construcción genérica del varón.

En Cuba existía una historia importante de pesquizajes con respecto al género, y aunque algunos autores incluían en su obra un análisis de lo masculino, la mirada se detenía particularmente en los problemas de la mujer.

LA MIRADA AL GÉNERO

Durante años, la ciencia utilizó el concepto de sexo para diferenciar a los seres humanos (mujeres y varones), utilizando un criterio básicamente biológico.

Sin embargo todo lo referente al mundo espiritual de las personas, a sus comportamientos y funciones quedaban excluidas en esta diferenciación.

Surgió de esta manera la categoría género cuyo valor analítico ha permitido distinguir y explicar lo concerniente al hombre y la mujer, lo cual, sin dudas, ha sido el resultado de todo un procesamiento cultural seguido por la humanidad a lo largo de su devenir histórico.

«Cada hombre y mujer sintetizan y concretan en la experiencia de sus propias vidas el proceso sociocultu-

ral e histórico que les hace ser precisamente ese hombre y esa mujer, sujetos de su propia sociedad». (6, p. 335)

El valor analítico de la categoría género ha permitido establecer «como los valores creados y reproducidos dentro y a través de la cultura son los que generan y sustentan los atributos con que se identifican, conforman y distinguen lo femenino y lo masculino en una sociedad determinada». (8, p. 546) Es decir los modos de ser varón y mujer llevan sobre sí el peso indiscutible de cada cultura en los diferentes momentos del desarrollo social.

Otros autores destacan el género como «un complejo de determinaciones y características económicas, sociales, jurídico-políticas y psicológicas, es decir culturales que crean lo que en cada época sociedad y cultura son los contenidos específicos de ser mujer y ser hombre». (11, p. 169)

Para algunos la adquisición de género «implica el aprendizaje de ciertas normas que informan a la persona de lo obligado, lo prohibido y lo permitido y por su puesto estas normas son distintas para hombres y para mujeres. Esta construcción de género es un fenómeno histórico que ocurre en las esferas macro y micro sociales.» (5)

Muchos han sido los aportes que el mundo científico ha podido establecer en relación con el género; incluso las diferentes ciencias desde sus marcos teóricos han elaborado un aparato conceptual en el que se pone el acento en uno u otro aspecto. Sin embargo, hay elementos que resultan coincidentes en el pensamiento científico de la mayor parte de los teóricos.

Tal es el caso de su carácter de relatividad, es decir, el género en tanto construcción cultural, está regido por todo aquello que cada sociedad, pauta, determina y establece como lo que debe corresponder a mujeres y varones y su condicionamiento histórico está determinado a partir del hecho de que en todas las épocas acontecen o pueden acontecer diferentes asignaciones.

El segundo elemento es que los atributos, las funciones y los comportamientos son piezas claves para



distinguir lo femenino de lo masculino y finalmente que dicha construcción lleva implícita y responde a un proceso de socialización

Pero aunque los estudios sobre género han tomado un lugar preferencial en el quehacer investigativo de numerosas disciplinas científicas, las diferencias genéricas continúan presentándose en el mundo contemporáneo como uno de los más monumentales fenómenos de exclusividad

Y es que desde que los contenidos que definen el mundo de las mujeres comenzaron a separarse de los que conforman los espacios del varón, esta estructuración diferente de atributos, funciones y comportamientos privilegió la superioridad masculina

EL PATRIARCADO

El orden patriarcal desde sus inicios aseguró la supremacía de los hombres y de todo lo masculino sobre la inferiorización previa de las mujeres y de lo femenino.

Es decir, «lo diferente de ser mujer y varón comenzó a ser examinado con el prisma distorsionante de una desigualdad desventajosa, caracterizada por una desvalorización de los aspectos atribuidos a la femineidad y una permanente sobrevaloración de los atribuidos como propios de la masculinidad». (7)

La teoría del género enfatiza el patriarcado como «un orden social genérico de poder basado en un modo de dominación, cuyo paradigma es el hombre» (10)

La sociedad patriarcal se basa en relaciones desiguales, tanto de poder como de privilegios. «Una organización social basada en un sistema jerárquico de poder y de gobierno masculino. Los hombres tienen el privilegio del control y dominio no sólo de la organización social sino de los otros miembros de la misma». (14)

La ideología patriarcal sostiene que lo masculino y lo femenino son dos realidades psicológicamente distintas y que lo masculino corresponde a los varones y lo femenino a las mujeres. Lo masculino se asocia entonces a la fuerza, lo racional, lo agresivo y lo femenino con lo pasivo, lo afectivo y lo débil.

Las Dras. cubanas Alicia González y Beatriz Castellanos realizan un profundo y consecuente análisis de hasta dónde la mujer y el hombre han podido ejercer o no el derecho a la libertad en torno a la sexualidad.

Apuntan como en el patriarcado se sacrifican los derechos y libertades inalienables del individuo al imponérsele una serie de regulaciones determinadas desde arriba de forma vertical, asimétrica y por tanto injusta. Con la imposición de una moral preestablecida

se aniquila el desarrollo personal del individuo, se manipulan desde afuera los destinos de hombres y mujeres. Se obliga a las personas a renunciar a sus propios límites, al derecho a decidir las formas particulares de vivir su sexualidad, para aceptar resignadamente aquellos que les impone la sociedad. (9)

LA CRISIS DE LOS VARONES Y LOS ESTUDIOS DE MASCULINIDAD

Este androcentrismo que favorecía el varón como el representante más completo y el ejemplar más acabado de la humanidad propició una ausencia de justicia hacia la mujer no sólo en lo que se refería a la distribución de actividades sino en el menosprecio social y en el poco prestigio que se otorgaba a todo lo conceptualizado como femenino.

Ello justifica que durante décadas los estudios de género recayeran en la mujer avalados justamente por esa historia de discriminación y dolor.

Pudieran mencionarse cientos de ejemplos pero basta solo mencionar la visión de lo femenino como esencia inferior a la existencia masculina, lo cual legitimó su exclusión durante siglos en la toma de decisiones sobre la dinámica de la sociedad y sobre numerosos aspectos de su vida personal como mujer, madre, pareja y familia. (7)

Sin embargo no sería honrado ni estaríamos haciendo honor al carácter científico de nuestra disciplina si atribuyéramos al varón las causas trágicas de esta diferencia, pues todos sabemos que la fuerza de lo cultural y tradicionalmente pautado desde las primeras edades puede anular y limitar, en determinadas circunstancias, el desarrollo de hombres y mujeres.

Sucedió entonces que en este quehacer científico y en esta justa lucha cotidiana no se veía aún clara la necesidad de interrogarse acerca de lo que pasaba con las esencias del varón.

Al decir de Elizabeth Badinter, «la masculinidad parecía algo evidente, clara, natural y contraria a la femineidad». (4, p. 14)

Las nuevas exigencias de la época en cuanto a cambios socioeconómicos, el propio desarrollo de la humanidad, unido al reclamo casi unánime de las mujeres en su intento de redefinirse, no sólo comenzaron a propiciar el desvanecimiento de la superioridad masculina, sustentada hasta ese momento por las tradiciones culturales, sino que pusieron en evidencia la necesidad de pensar en los problemas del hombre desde una perspectiva masculina. (7)

No es hasta fines de los años sesenta y principios de los setenta que empiezan a salir a la luz los primeros estudios sobre masculinidad, realizados primero por los norteamericanos y seguido luego por los británicos y nórdicos. (4)

La llamada crisis de la masculinidad tiene un poco que ver con el desconcierto del varón ante los cambios de la mujer y su reclamo de cambio para el hombre sin tener los referentes alternativos que permitan seguir una pauta más funcional. (3, p 18-21)

«El movimiento masculino resulta la contrapartida varonil del femenino y sus objetivos eran viabilizar las quejas de los hombres, analizar los conflictos de los nuevos modelos de masculinidad y estaban dirigidos contra las mujeres y sus propios padres ausentes que no los atendieron durante la infancia. Los militantes masculinos de este movimiento se oponían al estereotipo genérico que los obligaba a ser competitivos, que les prohibía la ternura, y que les negaba la posibilidad de vínculos amistosos con mujeres». (13)

La crisis de la identidad masculina de estos tiempos modernos tiene que ver con el lugar desde donde los hombres han intentado cambiar. Y donde el conflicto entre asignaciones y aquello que deben asumir ha sido uno de sus grandes costos (1)

Esta crisis no solo provoca confusión, malestar o insatisfacción sino también resistencia a los cambios, muchos hombres se cuestionan los esquemas masculinos tradicionales, lo sienten como una desposesión, otros vencen sus resistencias y asumen responsabilidades antiguamente femeninas pero con sentimientos de una virilidad amenazada, mientras que otros optan por regresar a sus antiguos referentes con los que se sienten más seguros (1)

Los hombres de estos tiempos quieren gestar cambios, aunque muchos no tengan ni siquiera la conciencia de ello.

Fue justo en este contexto que comencé a pensar en la masculinidad del hombre cubano y me animaba la idea de que efectivamente la realidad presente en nuestro país desde mediados del siglo anterior había potenciado la presencia de un varón que necesariamente había tenido que diseñar cambios en la estructura de su realidad genérica.

A esto se unía la popular y reiterada aseveración de «que el hombre cubano de hoy no era el mismo de años atrás».

Se habla en este sentido de que el varón cubano está cuestionándose o manifestando malestar en relación

con la «tarea» de ser varón, sin embargo no parecen tener claro qué pueden hacer para ser diferentes (1).

Convertí este pensamiento en imágenes y me di a la tarea de realizar un material de video que protagonizado por los propios varones me permitiera conocer la visión del hombre cubano contemporáneo con respecto al de décadas atrás y comprobar si en verdad era igual o diferente al de mediados de siglo.

Sucedió que en la medida que entrevistaba azarosamente fui comprobando el valor de aquellos testimonios, pues las declaraciones de los sujetos recogían una estructuración de atributos, funciones y comportamientos en la construcción de la masculinidad que resultaban muy interesantes.

Los sujetos podían discernir con mucha claridad aquellas categorías que hacían al hombre moderno diferente del de mediados de siglo de otro grupo de categorías que lo seguían considerando una réplica del anterior.

La constante que se repetía acerca de un varón diferente y al mismo tiempo similar al de mediados de siglo, nos llevó a problematizar una caracterización del hombre cubano en dos momentos de su desarrollo social. La pregunta era si todas las categorías que formaban parte del constructo de la masculinidad habían estado sujetas a cambios.

Pensamos entonces, en reproducir estos resultados en un proyecto investigativo que no sólo confirmara nuestros hallazgos sino que nos permitiera fundamentarlos teóricamente y metodológicamente.

LA PRÁCTICA INVESTIGATIVA

¿En qué era diferente y en qué igual el varón de fin de siglo XX al de décadas atrás? ¿Cómo percibe el varón esta realidad?

El trabajo tenía intenciones de aportar ideas a estas interrogantes a partir del prisma personal de los propios hombres.

Teníamos además el propósito de conocer qué categorías de la realidad genérica de los varones permanecían inamovibles y cuáles habían experimentado una transformación en los últimos años.

Se trabajó con dos grupos de varones de diferentes instancias de vinculación social, pero homogeneizados en sus rangos de edades (30-40 años) y en sus niveles de instrucción (medio superior) y se utilizó una metodología cualitativa estructurada en grupos focales.

El discurso recogido habló a favor de un varón diferente en algunas categorías de tipo funcional (relaciones hombre-mujer, posición en el hogar, visión de la

mujer, ejercicio de la paternidad) al tiempo que otro grupo de categorías más vinculadas a elementos caracterológicas (fuerza autosuficiencia, emociones, expresión de los sentimientos, sexualidad, homofobia) se vieron exactamente igual al de décadas anteriores.

La visión de que el hombre de finales del siglo XX era efectivamente diferente al de los años 50, se manifestó en una disposición favorable a privilegiar la presencia de un varón más participativo, comprensivo y más comprometido con la nueva posición de la mujer en la Sociedad. Para ellos esta realidad suponía unas relaciones de pareja más democráticas y equitativas y un ejercicio de la paternidad más próximo e intenso que el que había ostentado el hombre de mediados de siglo.

Se aprecia una tendencia en los sujetos estudiados a favorecer las relaciones de pareja de una forma cualitativamente diferente. Sus valoraciones y opiniones se orientaron a proyectar nuevos valores como típicos de la relación hombre mujer en nuestros días, donde el nuevo varón procura colocarse a la altura de la mujer en términos de igualdad de derechos y oportunidades y de asumir un equilibrio en cuanto al lugar que en la pareja ocupa cada miembro.

En cuanto a la posición en el hogar y en la sociedad el hombre moderno ha comenzado a desprenderse de sus viejos atributos machistas, según refieren, y los avances que exhibe en este campo constituyen adaptaciones y contribuciones que han elaborado a partir de las nuevas situaciones y exigencias de la época moderna, época por cierto que ha hecho visible y evidente un nuevo lugar para la mujer.

Resulta, no obstante, interesante el reconocimiento de que ese ajuste a los nuevos cambios que refieren percibir en el varón ha estado fuertemente condicionado por la presión de la época y las condiciones socio culturales que han obligado al hombre a modificar sus viejas actitudes frente a una mujer que ya no es frágil, dependiente e indefensa.

Por su parte la tradicionalidad en el ejercicio de una paternidad exigente, abarcadora, proveedora y única representante de la autoridad, se ha visto interrumpida por la presencia de un padre afectuoso, comunicativo, participativo y consciente de su rol educativo. Esa es la visión del colectivo de varones objeto de estudio respecto al padre de estos tiempos.

Sus juicios valoraciones y puntos de vista dan fe de sus propias posiciones ante el hecho donde predomina una estructuración de contenidos no tradicionales, asociados al ejercicio de la paternidad

El paso de estos varones, hoy por hoy, se dirige a la construcción de una nueva paternidad más cercana y con amplias posibilidades de entrega mutua

Veámos lo referido hasta aquí en estos testimonios de algunos de nuestros varones:

«La relación de pareja ha cambiado, el hombre tiene una visión diferente de la mujer, ya no es su esclava ni su servidora, sino una verdadera compañera que tiene otro rol social».

«El hombre de hoy participa mucho más en el hogar, no llega a hacer las mismas cosas que la mujer, pero la ayuda, la apoya, antes ni eso. Yo creo que tiene más conciencia de la igualdad».

Y en este otro: «Mi padre se eriza cuando ve que baño y doy la comida a mi hija, no comprende que lo hago porque eso me hace feliz». Tampoco mi padre me besó nunca, siempre nos dábamos la mano, pero yo sí beso a mis hijos, incluso a los varones ¿por qué no?».

Sin embargo, aun cuando los hombres estudiados ofrecieron esta visión de un varón contemporáneo diferente al de mediados de siglo en estos aspectos, coincidieron mayoritariamente en que el de ahora conserva mucho de las características de aquel, es decir aquellos atributos o cualidades que tradicionalmente la cultura impone desde el nacimiento permanecieron inalterables.

En tal sentido apreciamos una disposición a favor de un varón fuerte, potente, dominante, inexpresivo emocionalmente (llorar en público devalúa) muy preocupado por su éxito y desempeño sexual, fóbico ante la homosexualidad y muy seguro de sí.

Según nuestros sujetos el hombre de fin de siglo XX tiene la misma incapacidad para llorar, expresar dolor quejarse o sentir miedo

«El llanto es una expresión de debilidad y vulnerabilidad emocional: el miedo es una emoción que ha sido etiquetada como típicamente femenina... y tocar y besar sólo es posible cuando existe una finalidad precisa». (2, p.36 y 37)

Para el varón sin embargo queda vedada esta posibilidad, debe asumir lo asignado y las manifestaciones emocionales no figuran en la lista de asignaciones.

Nuestros varones apuntan a favor de un hombre que se presenta como el gran solucionador de los problemas, el independiente, el que tiene la posibilidad de enfrentarlo todo, el que puede mantener la calma y el que logra un equilibrio ante las situaciones más difíciles y conflictivas.

Por otra parte se aprecia una tendencia a favorecer en el hombre estilos autoritarios, el mandato de

ser fuerte física y emocionalmente y una capacidad de defensa explosiva y violenta. El mito de la autoridad natural del hombre es la vigente en la sociedad actual según juicio de nuestros participantes y ese mito circula como especie de un mensaje impositivo que crea en el varón una dependencia de la normativa

Palabras como dureza, temeridad, hombría son identificadas por los varones como elementos focales de su virilidad y no pueden ser desterradas de su vocabulario ni de su discurso. Se trata de un estereotipo que no ha envejecido y es una idea que alcanza homogeneidad en el colectivo de varones.

En cuanto a la sexualidad continua representando para estos varones, uno de los indicativos más importantes en la construcción de la masculinidad. Los criterios de cantidad, productividad y rendimiento permanecen inmutables en la relación hombre-mujer.

«Los mitos construidos sobre la sexualidad masculina, precisamente tomando como emblema sus propios genitales han producido al hombre la satisfacción de muchas de sus más elementales necesidades, la elección de los comportamientos y sentimientos» (12, p 13)

No se ha desmitificado la potencia sexual del varón, ni ha disminuido la obsesión por quedar bien, ni por responder a cuanto asedio femenino acontezca. La infidelidad es una conducta que al hombre no le queda otro remedio que asumir, pues de lo contrario es atrapado por la censura popular. Se trata de un terreno que promueve desvalorizaciones y descalificaciones si no se ajusta a la normativa social.

Aunque las informaciones aportadas por estos varones admiten una evolución del placer masculino vinculado mucho más a la satisfacción de la pareja y a un tipo de relación erótica menos posesiva y abarcadora, los modelos culturales tradicionales no han podido poner fin al mito de la virilidad.

En cuanto a la actitud hacia los homosexuales, podemos apreciar que según nuestros entrevistados el hombre actual aún muestra conductas prejuiciadas y percepciones estereotipadas en relación con el varón homosexual. Aunque se aprecian moderados signos de aceptación en relación con el tratamiento que debe dispensársele a estas personas en tanto seres humanos merecedores de respeto, se observa una disposición favorable a la idea del distanciamiento con hombres que muestren preferencias sexuales por otros hombres.

En tal sentido la posición del hombre moderno hacia el homosexual sigue suponiendo una abierta actitud agresiva y de repulsa que no admite elección en el campo

de la amistad. Mantenerse física y psicológicamente alejado de estas personas es una garantía de la hombría y un atributo presente en el constructo de la masculinidad.

La prestigiosa investigadora francesa Elizabeth Badinter sintetiza genialmente estas aseveraciones cuando señala: ser hombre significa no ser femenino, no ser homosexual, no ser dócil dependiente o sumiso, no ser afeminado en el aspecto físico o por los gestos, no mantener relaciones sexuales o demasiado íntimas con otros hombres y finalmente no ser impotentes con las mujeres (4, p143).

Algunos de los entrevistados así se expresaron:

«El hombre de hoy sigue muy comprometido con esa imagen de fuerza, de fortaleza, de ser el llamado a resolverlo todo, nos gusta sabernos infalibles y enfrentar lo difícil, eso no ha cambiado».

«El hombre mantiene su imagen de duro, no puede llorar en público, ni ser débil ni demostrar un dolor, todo esto está contra su hombría».

«Yo no los resisto, además el hombre hombre, el que se siente hombre de verdad no le gusta tener amigos gansos. Para mí deberían morir».

«Al hombre se le sigue considerando el responsable del éxito en la relación sexual y si por casualidad no puede se siente moralmente destruido. No se puede dar el lujo de fallar y tiene que estar “listo” en todo momento».

CONSIDERACIONES FINALES

El análisis de todo lo encontrado en el trabajo con estos grupos de varones nos condujo a reflexiones muy interesantes.

Por una parte existe un varón diferente y esas modificaciones que ellos asumen como explicación del cambio obedecen básicamente a razones sociales propiciadas por las transformaciones del país en las que la mujer escaló nuevas posiciones y asumió un nuevo rol social, lo cual unido a su irrupción en espacios tradicionalmente reservados para el hombre repercutieron de manera decisiva en la manera de asumir la vida de los varones.

Las categorías de permanencia por su parte, es decir aquellas que son declaradas como inmutables y que avalan la existencia de un varón con iguales características de los de mediados de siglo, están vinculados a la presencia de una normativa genérica que emerge con gran fuerza y que continúa reproduciendo valores que forman parte de la construcción tradicional de la masculinidad, un varón fuerte, viril, dependiente de sus

